

NO HAY FE SIN RELACIÓN CON LOS POBRES

Normalmente se considera que afirmaciones como "Jesús es un enviado de Dios" y "Jesús está vivo" son constitutivas de la fe cristiana. No pasa lo mismo cuando se habla de la relación con los pobres. Se la considera deseable, necesaria, pero un momento posterior a la aceptación de la fe. ¿Esto es así? ¿No es la relación con los pobres algo esencial a la fe, algo que la constituye?

Le rapport aux pauvres, constitutif de la foi, La Vie Spirituelle, 142 (1988) 273-290

Introducción

En primer lugar haré un breve diagnóstico de la forma en que los creyentes perciben su relación con los pobres. Es muy diferente de la que tenemos acerca de otras cosas relativas a la fe. Veamos este contraste a través de dos ejemplos.

Pensamos que no es posible ser creyente sin reconocer que Jesús es un enviado de Dios y tampoco es posible serlo sin afirmar de una u otra manera que "Jesús está vivo". La fe en la Resurrección se puede interpretar de maneras muy diversas, pero siempre ha de haber un espacio abierto a la afirmación "Jesús está vivo".

"Jesús es un Enviado de Dios", "Jesús está vivo" son dos afirmaciones que consideramos como constitutivas de la fe cristiana. No pasa lo mismo cuando se habla de la relación de los cristianos con los pobres: tanto la situación de los pobres en la iglesia, como la de los creyentes con relación a los pobres. Actualmente la relación con los pobres aparece como algo deseable e incluso cada vez más necesaria para los creyentes; pero en todo caso es considerada un momento posterior de la conversión cristiana, un momento siguiente a que lo esencial de la fe quede establecido. Nos interesamos por los pobres, hacemos cosas por ellos y a veces con ellos, rezamos por ellos, pero la relación con los pobres no está situada en el nacimiento, constitución y elaboración de la fe. La relación con los pobres es un afluente que aumenta el río de la vida cristiana, pero no está en el lugar en el que se origina el río. En el mejor de los casos es una consecuencia ética de la fe, pero nunca un constitutivo de la misma fe. Encuentro significativa la postura de un formador religioso que creía que no era conveniente abordar desde el noviciado los temas de la pobreza y la justicia, ya que el noviciado es "un tiempo privilegiado de arraigo en Cristo". ¿Qué forma mejor de decir que la fe se constituye independientemente de la relación con los pobres, ya que ésta no interviene más que en un estadio posterior?

Si miramos a los orígenes de la fe percibimos, por contraste, hasta qué punto una tal situación representa una grave alteración de la fe cristiana.

I. Lugar de la relación con los pobres en la fe

El anuncio del evangelio a los pobres, signo de la presencia de Dios

¿Cuáles son los signos por los que Cristo nos indica que Dios ha entrado en nuestra historia, ¿Cómo podemos reconocer que el mismo Dios está presente en medio de nosotros? Todos son signos que conciernen a los pobres; es más, designan una transformación de la condición de los pobres: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se curan, los sordos oyen, los muertos resucitan, la buena noticia se anuncia a los pobres. Jesús lo anuncia en plena sinagoga al principio de su actividad.

"Anunciar el evangelio a los pobres" es una expresión que recapitula y resume los demás actos salvadores. El signo que dio Cristo no fue el anuncio del evangelio a todos los hombres, sino a los pobres. Es verdad que el evangelio está destinado a toda la humanidad (Dios no hace acepción de personas); pero no es el anuncio universal del evangelio el signo de la presencia de Dios, sino el hecho de que se dirige a los pobres. La situación en la que nos encontramos nos ha acostumbrado a partir de la universalidad del mensaje cristiano y desde ahí a tomar en cuenta el hecho del anuncio a los pobres. Creo que el movimiento que nos narra el evangelio es inverso: parte del anuncio del evangelio a los pobres y desde ahí se extiende al anuncio universal. Lo mismo ocurre con la idea de iglesia que en primer lugar es la iglesia de todos -al igual que el sacerdote es el hombre de todos- y no en primer lugar la iglesia de los pobres. Pero si la iglesia no es de los pobres tampoco es universal y si el evangelio no se anuncia primeramente a los pobres, entonces no anunciamos el verdadero evangelio a todos los hombres.

La autenticidad del anuncio a todos los hombres no se puede asegurar si nuestro evangelio no pasa en primer lugar por el crisol del anuncio a los pobres. Si no lo hacemos así anunciamos a los hombres no el evangelio, sino un subproducto, una sabiduría humana. Cuando el anuncio del evangelio no está orientado hacia los pobres, el contenido mismo del mensaje queda alterado. El anuncio del evangelio a los pobres es una condición permanente de su universalidad.

En la situación actual de la iglesia en Francia los creyentes no están organizados en comunidad eclesial para hacer que el evangelio sea una buena noticia para los pobres. Estos no son sus interlocutores privilegiados. La iglesia de Francia está globalmente destinada -por sus estructuras, su forma de pensar, su pastoral, su liturgia- a los que no están enfrentados a la pobreza real. Esto quiere decir que estamos en una sociedad en la que falta cruelmente el signo de la presencia de Dios. Y si por signo entendemos algo que no es exterior a lo significado, lo que podemos diagnosticar en nuestra situación es una ausencia real del mismo Dios. De este modo, pues, la cuestión del pobre toca al núcleo mismo de nuestra fe.

Las primeras comunidades cristianas: "que nadie padezca necesidad"

La actividad de Jesús siguió la línea iniciada en la sinagoga de Nazaret. Al final del nuevo testamento encontramos lo mismo que lo que se puso en marcha en el comienzo: las comunidades toman el relevo de la práctica de Jesús. Constatamos que el movimiento atestiguado en el comportamiento de Jesús continúa manifestándose

después de su muerte-resurrección: la continuación de su obra quedará asegurada, con la presencia del Espíritu, en el seno de las primeras comunidades de creyentes.

Estas comunidades se caracterizan por tres elementos: 1) la referencia a Cristo resucitado; 2) la convicción de que lo vivido en el interior de la comunidad de creyentes tiene sentido para el exterior; 3) la instauración de relaciones económicas nuevas.

La unidad de los creyentes en relación a Cristo resucitado se construye igualmente en el terreno económico. El texto de los Hechos pasa sin transición de la afirmación "un corazón, un alma" a la afirmación "lo ponían todo en común". La unidad en la fe no es vista como una comunión interior de los creyentes o un acuerdo sobre verdades nuevas para creer, sino que una práctica económica nueva forma parte integrante de dicha unidad, hasta tal punto que no es necesaria transición -explicación- para pasar de una a otra.

El sentido de esta práctica económica no es la puesta en común por sí misma (la de la vida religiosa), ni la abolición del derecho de propiedad (como los primeros socialistas han querido subrayar), ni la renuncia a los bienes de este mundo (perspectiva ascética), sino que el sentido de la puesta en común es para que "nadie padezca necesidad", que "cada uno reciba según sus necesidades". Lo mismo pretenden los discípulos en Antioquía cuando hacen una colecta en favor de los necesitados de Jerusalén.

Es la situación del pobre la que determina un comportamiento nuevo en el campo económico. Nuestras prácticas económicas no son evangélicas si no gravitan alrededor del centro que aquí se señala: hacer que nadie padezca necesidad. En esta línea evangélica se sitúan los obispos norteamericanos cuando escriben: "una economía vale lo que produce en favor de los pobres".

El rostro de Dios en la relación con los pobres

No podemos comprender la profundidad de los textos del nuevo testamento si no buscamos sus raíces en el antiguo. Habría que buscar el nexo entre la revelación del rostro de Dios y la relación con los pobres.

La relación de Dios con los oprimidos es la relación a partir de la cual Israel identifica a Dios. Hay que recordar que a Dios nadie lo ha visto nunca. ¿De dónde nos viene, pues, la imagen del rostro de Dios? Los trazos del rostro de Dios dependen por completo del punto de partida: la realidad humana o cósmica a partir de la que decimos algo de Dios.

En la biblia el punto de partida es la liberación de la opresión que padecía el pueblo en Egipto. Es acontecimiento fundacional. Dios es aquél que ha oído el clamor de un pueblo reducido a la esclavitud y que actúa para sacarlo de esta situación. Así se revela como Dios, el Dios de Israel. Esto fija para siempre la óptica religiosa de los creyentes en Yahveh y determina el futuro desarrollo de la religión de Israel. No sólo se encuentra al principio de una historia sino que fundamenta el curso de una historia. A partir de él se estructura la fe del pueblo. La historia bíblica está globalmente determinada por esta relación original de Dios con los oprimidos. El relato de la creación universalizará a toda la humanidad la historia de la liberalización realizada en un pueblo.

Existen otros acontecimientos fundacionales de la fe de Israel, pero la liberación de Egipto es el hilo conductor de toda la historia bíblica.

Dios se da a conocer en su relación con los pobres oprimidos. Esta relación es absolutamente inseparable de su rostro, hasta tal punto que éste tiene los rasgos que designa esta relación. A Dios se le nombra por la acción que opera en favor de los oprimidos. Hasta tal extremo la relación con los pobres es original en el conocimiento de Dios que es constitutiva de la fe de Israel en El.

Descubrir a este Dios, encontrarle, vivir con él no es posible sino en la medida en que nos situemos en esta trayectoria de la relación con los pobres. Esta no es sólo una clave que permite reconocer el rostro de un Dios que se manifiesta como Dios de los pobres, sino también una dimensión de la existencia del que encuentra a este Dios. Los dos aspectos son inseparables. Si Dios es el Dios de los pobres, el encuentro con Dios implica mi propio compromiso en la causa de los pobres.

La relación con los pobres no puede ser considerada como una consecuencia práctica del conocimiento de Dios, sino que es también una condición del encuentro con Dios.

Los textos proféticos sobre todo son críticos con la actividad cultural concebida como un lugar donde es posible el encuentro con Dios independientemente de nuestro compromiso relacional. En la misma línea se sitúa Jesús cuando denuncia las prácticas culturales ilusorias de aquellos que van a presentar su ofrenda sin haberse previamente reconciliado.

Algo semejante encontramos en las escenas en que Cristo propone la buena noticia a dos hombres ricos: Zaqueo y el joven rico. La entrada en la vida para Zaqueo le supone rupturas en su conducta con relación a los pobres. El joven rico, por su parte, se marcha muy triste, pues se le pide que dé sus bienes a los pobres. La entrada en la vida de Dios tiene, pues, como precio una solidaridad efectiva con los pobres.

Si la relación con los pobres es condición del encuentro con Dios, la práctica de la solidaridad con los pobres transforma en la vida del creyente su propio encuentro con Dios. El cambio de nuestro comportamiento es también el cambio de nuestra fe. La historia de nuestra relación con los pobres penetra en la misma historia de nuestra relación con Dios. Nuestra vida espiritual es la que está en juego.

Actualmente la puerta de acceso a Dios se nos da en la medida en que participamos en las liberaciones actuales de Egipto. Nuestra tarea es tomar parte en la reescritura actual de este gran relato. No fue sólo verdad en el pasado, sino que es el fundamento actual de nuestra fe; está siempre en el comienzo actual de mi fe. No hay que repetir el pasado sino efectuar hoy los actos de solidaridad con los pobres de nuestra sociedad y de nuestro mundo de una forma que sea eficaz. Las formas varían en el decurso de la historia.

Dios no ha cesado de llamar a Israel a lo largo de su historia: "Yo soy Yahveh tu Dios que te ha hecho salir del país de Egipto" es un *leitmotiv* constante de todos los tiempos de la fe. Las nuevas experiencias de Israel no son puras repeticiones sino que modifican, enriquecen y amplían la experiencia original.

Israel, lo mismo que nosotros, está llamado por Dios a vivir este acontecimiento en su recuerdo ("Acuérdate..."), en su liturgia (la pascua) y en su comportamiento personal y colectivo ("Tú no maltratarás al extranjero ni le oprimirás pues tú mismo has sido extranjero en el país de Egipto"). El comportamiento de Israel hacia el extranjero y hacia los pobres está dirigido desde el interior de su propia vida por el acontecimiento fundante, cuando comenzó a existir. Y los que hemos nacido de nuevo en Cristo, no olvidamos que su pascua recoge toda esta historia.

Cuando tú, cristiano, ves al extranjero, al pobre, al oprimido, recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto; recuerda que Dios te ha revelado su rostro haciéndote salir de la opresión; recuerda que naciste a la fe en el anuncio del evangelio a los pobres, en la recuperación de la vista por los ciegos, en la liberación de los cautivos y oprimidos.

II. Una relación real

La existencia del creyente se desarrolla en un movimiento que implica a Dios y a uno mismo en su relación con los pobres. Se trata de una relación real con los pobres reales. La pobreza y las situaciones de miseria que suscitan la piedad de Cristo son las heridas que afectan al cuerpo del hombre: cuerpo hambriento, sediento, mal vestido, enfermo, encarcelado, herido. La relación con los pobres no es, pues, una dimensión de la vida cristiana a la cual se accede cultivando el jardín interior. No se responde al interrogante de un cuerpo herido entregándose a las delicias de la vida espiritual. Es preciso que nuestra respuesta se encarne en una relación tan real con los pobres que sea tan profunda que se convierta en un asunto de vida o muerte espiritual.

Tenemos muchas reticencias de cara a esta relación real con los pobres. Somos fecundos en nuestros discursos y oraciones, pero no existe una experiencia de una relación con los pobres reales. Nos movemos en un mundo cristiano en el que el tema de los pobres y la pobreza está lejos de la realidad. A menudo hemos sustituido la "realidad histórica" de los pobres por el "tema" de la pobreza. y esto no es lo que nos exige el evangelio.

Los avatares de la "pobreza religiosa"

La experiencia que tenemos de la vida religiosa es un claro ejemplo de esta clase de sustitución. Al comenzar nuestra vida religiosa seguro que hemos hablado y hemos oído hablar continuamente de la pobreza: se trataba de precisar a qué condiciones materiales de la existencia correspondería la pobreza religiosa. Siempre se acaba diciendo: "ni demasiado, ni demasiado poco"... Me parece que la cuestión de la pobreza en la vida religiosa es fundamentalmente la de nuestra solidaridad con los pobres.

Si diésemos prioridad a esta cuestión evitaríamos las discusiones bizantinas sobre nuestras condiciones de vida; evitaríamos dar un valor a la pobreza en sí misma. En la perspectiva de la palabra de Dios la prioridad se da a los pobres, no a la pobreza. Hemos sustituido los pobres por el mito de la pobreza e incluso hemos atribuido a los pobres las virtudes que pensábamos que llevaba consigo el estado de pobreza.

Tres cuestiones sobre nuestras prácticas

Si hay que comprender nuestra pobreza en términos de solidaridad con los pobres es preciso hacerlo con una respuesta de tipo pragmático. Es nuestra solidaridad efectiva con los pobres la que juzga nuestra pobreza religiosa.

1. Nadie está dispensado de esta dimensión esencial de conversión evangélica: estar en relación real con los pobres. Nadie puede vivir esta realidad en mi lugar.

2. La relación con los pobres tiene hoy una doble dimensión. Una inmediata, directa, cara a cara: relación de ayuda, de auxilio de urgencia; relación que puede encontrar soluciones individuales, reparar eventualmente el mal pero no atender a su causa. Otra, indirecta, que pasa por la mediación institucional, que mira de modificar los procesos socio-económicos que engendran las situaciones de pobreza: mira a una eficacia colectiva y no sólo individual; actúa sobre las causas. Esta relación, históricamente, es mucho más nueva y todavía no está verdaderamente asimilada en el medio cristiano. Espontáneamente estamos más inclinados a la relación directa que a la indirecta. Pero actualmente una relación auténtica con los pobres no puede escoger una relación prescindiendo totalmente de la otra. Yo creo que es tan peligroso practicar la relación directa sin buscar jamás las causas colectivas de la pobreza, como consagrarse a la relación indirecta sin tener ninguna relación inmediata con los pobres. Según las circunstancias de nuestra vida, según nuestro temperamento, nuestras aptitudes, nuestras vocaciones, privilegiamos más una dimensión u otra. Pero privilegiar una no significa la exclusión de la otra. La autenticidad de nuestra solidaridad con los pobres se demuestra no sólo en nuestro compromiso personal (el aspecto subjetivo) sino también en los efectos que produce realmente nuestra acción (el aspecto objetivo).

3. Estamos llamados colectivamente a esta solidaridad y no sólo de forma individual. Es un reto a nuestras comunidades: ¿cuáles son sus solidaridades con los pobres? Pueden tomar diversas formas; una de ellas consiste en vivir con los pobres, compartir sus condiciones de vida, de casa, de precariedad económica. Si bien esta forma de solidaridad aparece como particularmente remarcable, esto no hace que se pueda suprimir en las comunidades cuyo modo de vida se confunde con el de las clases medias. Este no es, en sí mismo, incompatible con la práctica de una solidaridad real con los pobres; pero conviene preguntarnos qué hacemos en servicio de aquéllos hacia los que desplegamos nuestras diversas actividades. No pretendo que todos debamos trabajar directa y exclusivamente con los pobres, pero sí debemos perseguir en nuestro trabajo o ministerio la defensa del derecho de los pobres y la transformación de las condiciones de vida inhumana. Pienso en especial en aquéllos que dicen -con razón- que es necesario un mínimo de confort para poder realizar algunas tareas intelectuales. Pero la cuestión sigue siendo si la causa de los pobres está presente en nuestra reflexión teológica, pastoral y exegética. Dicho de otro modo. Sea cual fuere el medio social al que nos dirigimos, como dominicos intelectuales franceses, ya que nuestra producción teológica no va directamente destinada a los pobres, ¿colocamos al menos su causa en el lugar central y privilegiado que nuestra fe le reconoce?

Cuando San Pablo nos habla del encuentro que tuvo lugar en Jerusalén con los demás apóstoles, acaba con esta frase: "nosotros nos iríamos a los gentiles y ellos a los circuncisos; sólo que nosotros debíamos tener presentes a los pobres, cosa que he procurado cumplir con todo esmero" (Ga 2,10). Sólo hay un campo que no es divisible:

"el tener presente a los pobres". Sea cual sea la diversidad de nuestros ministerios o actividades, la causa de los pobres escapa a toda división de trabajo: es la causa de todos.

III. La estructura de la relación con los pobres

Después de haber insistido en la necesidad de la relación con los pobres, quisiera desarrollar algunos de sus componentes, "haciendo hablar" a la parábola del samaritano.

La historia del samaritano puede ser considerada como un paradigma de la relación con los pobres; no el único, pero sí el más importante. La parábola va precedida de un diálogo en que se nos recuerda que para tener parte en la vida eterna es preciso poner en práctica el doble mandato del amor a Dios y el amor prójimo. La parábola empieza en el momento en que el legista hace la pregunta: "¿Quién es mi prójimo?". La parábola nos quiere hacer comprender cómo "amar al prójimo como a uno mismo" puede ser un camino que conduce a la vida.

"Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó..."

1. El samaritano no se ha puesto en camino para ir al encuentro de los pobres. El hace sus obligaciones. Está claro que su desplamamiento no tenía por objetivo llevar auxilio a un hombre herido en el camino.

El samaritano no es de aquellos hombres que han trastocado toda su vida para ayudar a los desgraciados; no es ni un san Vicente de Paúl ni una madre Teresa. Es un hombre ordinario que sigue su camino como la mayoría de hombres siguen el camino que les ha abierto su origen social, su educación, su profesión. Es el camino ordinario que es necesario no desconocer ni despreciar, con el pretexto engañoso de que sólo el camino extraordinario sería auténticamente evangélico.

Siguiendo su objetivo de ir a Jericó, el samaritano se deja interrumpir. En su camino encuentra un hombre herido y despojado. No encuentra un hombre víctima de la opresión de los ricos y poderosos. La víctima no es particularmente significativa. Este oprimido no ofrece ningún interés particular para el que quiere una amplia transformación del orden establecido. Es sólo un herido por un ataque de bandidos, una víctima ordinaria. El samaritano no ha elegido una víctima particularmente significativa; sólo ha tenido en cuenta la persona necesitada que se encontraba en su camino.

2. El samaritano ha encontrado en su camino un hombre herido. El sacerdote lo ha visto, el levita lo ha visto, pero sólo el samaritano da el primer paso que le conduce al camino de la vida: se apiada. La relación con el pobre empieza por la piedad, la conmiseración. Es importante sentirse tocado por la necesidad de otro. Es el mismo sentimiento de Dios ante la vista de la esclavitud de su pueblo en Egipto.

3. Esta piedad no lleva al samaritano a la inhibición; es el punto de partida de su comportamiento: "ejercita la misericordia". Es una acción cuyo objetivo es remediar eficazmente la situación descompuesta; no es un conjunto de palabras sobre la pobreza

o el sufrimiento y su valor redentor. No es un tranquilizar nuestra conciencia; es obrar de forma de forma que cese la desgracia de la otra persona.

Es un criterio de eficacia el que juzga la acción. Tenemos la responsabilidad de hacer aquello que sea eficaz; no cualquier cosa. Por esto es importante dedicar tiempo a reflexionar, a comprender, a analizar.

4. Después de haber ejercitado su misericordia, el samaritano continúa su camino. Precisa que volverá para pagar la cuenta de la posada si pasa de lo calculado por él, pero no se queda allí. Ha hecho lo necesario: resituarse al herido en el camino. No hace más que lo necesario: no toma la víctima con él, ni le dice qué debe hacer después; continúa su camino hacia Jericó.

La partida del samaritano muestra bien cuál era el objetivo de su acción: remediar eficazmente esta necesidad. Una vez hecho lo necesario no insiste más.

Esta es una verdadera relación con los pobres: no es ocupar su lugar, no es solucionarles los problemas de su futuro; no es saber en lugar de ellos qué hay que hacer. Hay que saber evitar a tiempo la colonización en el ejercicio de la misericordia. Hay que saber desaparecer, dejar que el otro sea él mismo; hay que saber continuar nuestro viaje.

5. Al principio de la historia de esta relación ejemplar con el pobre había una pregunta: "¿quién es mi prójimo?" Jesús nos muestra que es una pregunta mal hecha; de lo que se trata es de contestar a la pregunta: "¿de quién soy yo el prójimo?"

¿De quién, pues, somos el prójimo individual y colectivamente? La respuesta a esta pregunta se toma de nuestra práctica. Sólo aquello que hayamos efectivamente hecho en el ejercicio de la misericordia nos autoriza a dar una respuesta a esta pregunta.

La pregunta podría ser formulada así: "¿hay pobres entre aquellos de quienes somos el prójimo?" De hecho somos el prójimo de las personas que nos corresponden. Esto no tiene nada de original: los paganos o los pecadores, ¿no hacen lo mismo? "Si hacéis el bien a quienes lo hacen, ¿qué mérito tenéis?" "Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tenéis?... Si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario?" (Lc 6,33; Mt 5,46s). Todo esto está muy bien y Jesús lo realiza en su vida; todo esto es lo ordinario y está bien. Pero hay algo mucho mejor y que no es lo ordinario, aquello a lo que nos invita Jesús: ejercitar nuestra misericordia hacia aquellos de los que ignoramos si recibiremos algún beneficio a cambio. Se trata de ejercitar nuestro amor sin hacer de la correspondencia una condición para ejercitarlo.

Conclusión: ¿por qué esta prioridad dada a los pobres

¿Por qué la relación con los pobres es tan original en el cristianismo? ¿Por qué está tan radicalmente unida a la revelación del rostro de Dios? Que se diese a los pobres un lugar igual a los otros -la sociedad no lo hace-, lo comprenderíamos fácilmente; pero, ¿por qué este lugar ha de ser preferencial o prioritario?

Es en la situación objetiva de los pobres donde conviene buscar una respuesta a esta pregunta. La respuesta aparece entonces muy simple; tan simple que tenemos la tendencia de conducirla hacia otros terrenos (el más místico, por ejemplo).

Esta respuesta muy simple es la siguiente: el pobre es por definición aquél que en su necesidad está en desventaja con respecto a los otros. Está en una situación de desigualdad con relación a los otros. Hay que darle, pues, un trato desigual "a su favor" para modificar eficazmente la desigualdad primera en la que se encuentra. Dios no ama más a los pobres que a los demás. Lo que hace es una "opción prioritaria en favor de los pobres".

Porque Dios ama igualmente a todos los hombres, por eso da prioridad a los pobres. Lo mismo que hacemos en la familia hacia los hijos que tienen alguna deficiencia o enfermedad. Estos hijos reciben cuidados y atención especiales; los otros hijos no son menos queridos y no consideran como injusto el trato y comportamiento de sus padres. Es una desigualdad que asegura la igualdad de todos en el amor de los padres.

La prioridad que Dios da a los pobres significa, ante todo, que Dios tiene en cuenta la situación de desigualdad en la que se encuentran. Porque Dios ama a todos los hombres, ricos o pobres, porque quiere la salvación para todos sin excepción, por esto da prioridad a los pobres.

"Dios no hace acepción de personas". Encontramos muchas veces en la biblia esta afirmación; pero siempre va seguida de esta obra: "Dios escucha la llamada del oprimido, da su derecho al huérfano, a la viuda, al extranjero". Esta aclara aquélla. Podríamos acusar a Dios de hacer acepción de personas si no diese una principal atención a los pobres.

Sucede aquí como con el anuncio del evangelio. Para que el evangelio vaya destinado a todos los hombres, es preciso que en primer lugar sea anunciado a los pobres. Para que el amor de Dios sea efectivamente universal, es preciso que manifieste su prioridad a los pobres. Tampoco nosotros podríamos amar a los hombres, sin hacer acepción de personas, si no es practicando una opción prioritaria en favor de los pobres.

Tradujo y condensó: EDUARD POU